

bilidad de la fortuna, y convenciéndose de que la diferencia entre la dicha y la infelicidad es muy inferior á lo que nos parece, por la idea anticipada que nos formamos de ellas. No es esto todavía vivir en una condición dichosa, sino solamente soportar con resignación los males que sabemos son inevitables. No se puede negar, con todo, que hay grandeza de alma y dignidad, en someterse sin quejas, sin agitación, con una tranquilidad melancólica y una igualdad de ánimo serena á lo ineluctable, mientras otros pasan continuamente de la alegría á la desesperación, y viceversa. Según esto, se puede considerar al estoicismo como una especie de disciplina del espíritu, con la cual, de igual manera que con ciertas disciplinas corporales se endurece el cuerpo contra las influencias del viento y de la intemperie, contra las indisposiciones y las fatigas, se fortalece el ánimo contra la desgracia, el peligro, la pobreza, la injusticia, la maldad, la traición, el orgullo y la locura de los hombres.

## CAPITULO XVII (1)

## DE LA NECESIDAD METAFÍSICA EN EL HOMBRE

Ningún ser, excepto el hombre, se sorprende de su propia existencia; para todos los demás animales la existencia es una cosa que se comprende de suyo y que no les extraña. En la serenidad de su mirada se refleja la sabiduría misma de la Naturaleza, pues en ellos la voluntad y la inteligencia no están todavía lo bastante separadas para que al verse reunidas puedan extrañarse mutuamente. El conjunto del fenómeno está todavía ligado firmemente al tronco primitivo de donde nace, y participa de la omnisciencia inconsciente de nuestra madre común, la Naturaleza. Sólo cuando la esencia íntima de la naturaleza (la objetivación de la voluntad de vivir) se ha elevado, valiente y alegre, al través de los dos reinos de los seres inconscientes, y luego al través de la larga y dilatada serie de los animales, para llegar, en fin, á la aparición de la razón, al hombre, en el cual reflexiona sobre sí misma, sólo entonces es cuando se asombra de su propia obra y se pregunta qué es ella misma.

Su sorpresa es tanto más grave cuanto que al llegar ahí se encuentra por vez primera, conscientemente, en presencia de la muerte. La condición finita de toda existencia así como la inanidad de toda aspiración se le imponen con mayor ó menor fuerza.

(1) Este capítulo se refiere al § 15 del primer volumen.

Estas reflexiones y esta sorpresa son lo que da lugar á la *necesidad metafísica* propia sola del hombre, que es, por consiguiente, un animal *metaphysicum*.

En los primeros orígenes de su conciencia también el hombre se considera como algo que se entiende por sí solo. Pero esto no dura; muy luego, desde que empieza á reflexionar, se manifiesta en él ese asombro ante el enigma del mundo, asombro del que tenía que nacer la metafísica. Esto es lo que expresa Aristóteles al principio de su *Metafísica* cuando dice: *Propter admirationem enim et nunc et primo inceperunt homines philosophari*. La disposición filosófica hace también que nos admiremos de cosas habituales y diarias, lo cual nos lleva precisamente á tratar del problema de lo que es general en los fenómenos; mientras que aquellos que practican sus investigaciones en el campo de las ciencias positivas, no se admiran más que de ciertos fenómenos escogidos y raros, y su problema se reduce á referirlos á otros fenómenos más conocidos. Cuanto más bajo en la escala intelectual está colocado un hombre menos enigmática le parece la existencia; todo cuanto existe y tal como existe le parece que se explica por sí solo. Esto proviene de que su inteligencia permanece todavía enteramente fiel á la misión primitiva de servir á la voluntad en calidad de mediadora de los motivos. Por tanto, la inteligencia está aún estrechamente unida, como parte integrante, al mundo y á la naturaleza, y no puede arrancarse, por decirlo así, del conjunto de las cosas, para ponerse enfrente del mundo, como algo que existe separadamente de él por un momento, á fin de contemplarle desde un punto de vista puramente objetivo.

La admiración filosófica que resulta de esta contemplación requiere un desarrollo considerable de la

inteligencia, pero esta condición no es la única. Está fuera de duda que el conocimiento de la muerte, unido al espectáculo de los dolores y miserias de la vida, es lo que da más fuerte impulso á las consideraciones filosóficas y á las explicaciones metafísicas del mundo. Si nuestra existencia no tuviera límites ni dolores, es probable que á nadie se le ocurriría preguntarse por qué existe el mundo y por qué existe tal como es; todo esto se explicaría por sí solo.

Así, vemos que el interés que despiertan los sistemas filosóficos ó religiosos tiene su más sólida base en un dogma cualquiera de continuación de la existencia después de la muerte y aunque las diversas religiones parecen tener por principal objeto la existencia de sus dioses, siendo este el punto que sostienen con más calor, débese únicamente á que relacionan con dicha existencia su dogma de la inmortalidad y lo consideran como inseparable de ella; mas, en el fondo, lo que les interesa es dicho dogma.

Si se les pudiera asegurar á los hombres esa inmortalidad de cualquier otra manera, se enfriaría mucho el ardiente celo con que defienden á sus dioses, y si, por el contrario, se llegara á demostrar que la inmortalidad es cosa imposible, reemplazaría á aquel celo una indiferencia casi absoluta. El interés por la existencia de los dioses desaparecería al desaparecer la esperanza de trabar conocimiento más íntimo con ellos, á no ser por el interés que acaso pudieran inspirar las influencias de esos dioses sobre los acontecimientos de la vida terrestre. Mas si fuera posible llegar á demostrar la incompatibilidad de la existencia de los dioses con la continuación de la vida después de la muerte, desmostrando, v. gr., que esa continuación supone necesariamente la espontaneidad de la

existencia, los sistemas religiosos pronto sacrificarían los dioses á la propia inmortalidad humana y predicarían el ateísmo. Por esto mismo los sistemas realmente materialistas y el escepticismo absoluto no han podido ejercer jamás una influencia general y duradera.

Templos, iglesias, pagodas ó mezquitas dan testimonio en todos los tiempos y en todos los países, con su esplendor y su grandeza, de esa necesidad metafísica tan viva é indestructible que sigue muy de cerca en el hombre á la necesidad física. Si nos inclinásemos á la sátira, podríamos añadir que esa necesidad es harto modesta y fácil de contentar. Fábulas groseras, cuentos insípidos, bastan muchas veces para satisfacerla, y con la condición única de haber sido inculcados al hombre muy temprano, los acepta este de buen grado como explicaciones de su existencia y como base de su moralidad. Léase, por ejemplo, el Korán; este libro tan malo ha bastado para fundar la religión de todo un mundo, para satisfacer, desde hace doce siglos, la aspiración metafísica de muchos millones de hombres y para crear una moral, penetrando á sus creyentes de un desprecio supremo de la muerte é inspirando el fanatismo de sangrientas guerras y lejanas conquistas. El Korán nos presenta el teísmo en su formamás triste y más pobre. Es posible que, traducido, pierda mucho, pero lo cierto es que no he podido descubrir en él ni un solo pensamiento de algún valor. Esto prueba que la capacidad metafísica no marcha al compás de la necesidad metafísica. Parece, sin embargo, que en los primeros tiempos del mundo actual no sucedió lo mismo; en los orígenes del género humano, que tenía entonces más cerca las fuentes de la naturaleza orgánica y podía más fácilmente beber en ellas, parece haber poseído el hombre una facul-

tad más enérgica de conocimiento intuitivo, y, además, una disposición intelectual más propicia, que le hacía capaz de una comprensión más exacta é inmediata del sentido de la naturaleza y le permitía satisfacer más dignamente su anhelo metafísico; así se explican en los abuelos de los brahmanes, los *richis*, esas concepciones casi sobrehumanas, consignadas después en los Upanischadas y en los Vedas.

En cambio, no han faltado nunca personas ocupadas en convertir ese anhelo metafísico del hombre en un medio de existencia, explotándole lo mejor posible. En todos los pueblos existe, en efecto, una clase especial de monopolizadores ó administradores de este sentimiento: los sacerdotes. Y á fin de conseguir que su profesión fuera segura, se han hecho otorgar en todas partes el privilegio de inculcar muy temprano sus dogmas metafísicos, antes de que la razón del hombre despierte de su sueño material ó sea en la primera infancia, pues entonces es cuando un dogma bien inculcado, por absurdo que sea, echa perpetuas raíces. Si hubiesen esperado á que madurase el juicio, sus privilegios habrían sucumbido.

Otra clase, menos numerosa, de personas que sacan sus medios de subsistencia de la aspiración metafísica de los hombres, se compone de los que viven de la filosofía. Los griegos los llamaban sofistas; los modernos, profesores de filosofía. Aristóteles incluye á Aristipo sin vacilación entre los sofistas; el motivo lo hallamos en Diógenes Laercio, el cual declara que fué aquél el primero que cobró sus lecciones de filosofía. Por eso Sócrates le devolvió el presente que de él había recibido. Igualmente, entre los modernos, los que viven de la filosofía, son, con cortas excepciones, no sólo muy diferentes de los que viven para ella, sino

con frecuencia los adversarios y aun los enemigos ocultos é implacables de éstos últimos. Toda producción filosófica de verdadero valor hace sombra á las de estos sofistas y no se amolda á las intenciones y restricciones de la corporación que forman; por eso cuidan constantemente de ahogar tales obras valiéndose de los medios que son habituales en ellos y que varían según los tiempos y las circunstancias; estos medios consisten ya en ocultar, callar, ignorar, disimular, ya en negar, rebajar, censurar, calumniar, falsificar, ya también en denunciar y perseguir. Por su culpa, más de un gran ingenio, que no pudo darse á conocer ni logró la celebridad ni las recompensas debidas á su mérito, ha tenido que arrastrarse penosamente al través de la existencia, hasta que después de su muerte, el mundo ha abierto los ojos y ha visto lo que valía y lo que valían sus detractores. Pero, entre tanto, éstos habían conseguido sus fines: despreciando al genio se habían hecho valer y habían vivido ellos, sus mujeres y sus hijos, de la filosofía, mientras aquél vivía para ella. Después de la muerte cambia la cuestión. La nueva generación de esta raza de medianías que jamás perece, hereda las producciones del gran hombre, las poda, las ajusta á su medida y se aprovecha de ellas. Si Kant pudo vivir á la vez de la filosofía y para la filosofía, debióse á la circunstancia rara de que por la primera vez después del divino Antonino y del divino Juliano, ocupaba el trono un rey filósofo; únicamente bajo auspicios tales podía publicarse la *Critica de la razón pura*. Apenas murió el rey, vemos á Kant lleno de temores, en calidad de miembro de la cofradía (gilde), modificar su obra fundamental en la segunda edición, castrarla y estropearla, sin embargo de lo cual se vió pronto en peligro de perder su

plaza, de tal suerte, que Campe le invitó á que se fuera con él á Brunswick.

En general, la filosofía universitaria no es más que un simulacro cuyo fin real es imprimir, en lo más profundo del pensamiento de los estudiantes, la dirección del espíritu que conviene á las miras del ministerio, dispensador de las cátedras universitarias. El gobierno puede tener motivos para esto, desde el punto de vista de la razón de Estado, pero semejante filosofía es un *nervis alienis mobile lignum*; no es ciencia seria, sino cosade risa. Convendría que la vigilancia y la dirección se limitaran á lo que se enseña en la cátedra y no se extendieran á la verdadera filosofía que se cultiva seriamente. Pues si hay algo apetecible en la tierra, algo que la multitud inculta y obtusa, en sus momentos de sana reflexión, estimaría como más valioso que todo el oro y toda la plata del mundo, es que un rayo de luz venga á aclarar los misterios de nuestro ser y á aportarnos la solución de esta enigmática existencia, de la que sólo vemos claramente la inanidad y las miserias. Mas este resultado, admitiendo que sea dable alcanzarle, se hace imposible cuando se imponen por vía de autoridad las soluciones del problema.

Examinemos ahora, en general, las diferentes maneras de satisfacer esa necesidad metafísica tan viva.

Entiendo por metafísica todo modo presunto de conocimiento, que excediendo de la posibilidad de la experiencia, es decir, de la naturaleza ó de los fenómenos de las cosas, trata de explicar en uno ú otro sentido las condiciones de esa naturaleza, ó en lenguaje vulgar trata de descubrir qué es lo que hay detrás de la Naturaleza y lo que la hace posible. La gran diversidad primitiva de las facultades de comprensión, así como el desarrollo más ó menos com-

pleto que por medio de la instrucción alcanzan, desarrollo que exige largos desvelos, crea tan enorme diferencia entre los hombres que desde el momento en que un pueblo sale del estado de barbarie una sola metafísica no puede servir para todos, por donde hallamos constantemente en los pueblos civilizados dos clases diferentes de metafísica, que se distinguen en que una toma su autoridad de sí misma y otra la toma de fuera. Los sistemas metafísicos de la primera clase exigen, para que su autoridad sea reconocida, reflexión, instrucción, tiempo y discurso, por lo cual sólo están al alcance de un número muy reducido de hombres y únicamente pueden nacer y conservarse en medio de una civilización muy avanzada. Por el contrario, para la mayoría de los hombres, para aquéllos que son capaces de creer, pero no de pensar, y que no son accesibles á los argumentos, sino sólo á la autoridad, para éstos, digo, están reservados los sistemas de la segunda especie, que podemos llamar, en consecuencia, la metafísica del pueblo, de igual modo que se dice la poesía ó la sabiduría popular, entendiendo por esta última los refranes. Son, sin embargo, conocidos estos sistemas con el nombre de religiones y los hallamos en todas las naciones, exceptuando tan sólo aquéllas que son completamente salvajes. Su justificación, como hemos dicho, es extrínseca y se llama revelación. Su autenticidad se prueba con signos y milagros. Sus argumentos consisten principalmente en amenazas de penas eternas y temporales, dirigidas contra los incrédulos y aun contra los meros excépticos. Como última *ratio theologorum* hallamos en muchos pueblos la hoguera ú otros suplicios análogos. Cuando las religiones buscan otra legitimación ó cuando emplean otros argumentos, operan ya una transi-

ción hacia los sistemas de la primera especie y pueden degenerar en una variedad intermedia entre ambas clases, lo cual les reporta más daño que provecho. La más segura garantía que poseen de reinar indefinidamente en las inteligencias, es el inestimable privilegio que poseen de ser enseñadas á los niños, lo cual hace de sus dogmas una especie de segunda inteligencia innata que prende como el injerto en el árbol, mientras que los sistemas de la primera especie no se dirigen jamás sino á hombres hechos, en los cuales hallan siempre un sistema de la segunda especie, instalado ya sólidamente en el cerebro.

Ambas clases de metafísica, cuya diferencia puede enunciarse más sucintamente llamándolas dogmas de persuasión y dogmas de fe, tienen de común que cada sistema especial se encuentra en relaciones de hostilidad con todos los demás sistemas de su misma especie. Los de la primera categoría luchan por medio de la palabra y de los escritos; los de la segunda tienen además por armas el hierro y el fuego; muchos de ellos se han difundido gracias á argumentos de este género, pero todos se han ido repartiendo la tierra, y sus títulos son tan poderosos, que los pueblos se distinguen y se dividen mucho más por su fe que por su nacionalidad y su gobierno. Sólo estos sistemas son *dominantes*, cada uno en su circunscripción; los de la primera especie no son más que tolerados, y esto porque sin duda no se les juzga dignos de ser combatidos á sangre y fuego, en vista del corto número de sus partidarios. Sin embargo, se han empleado esos medios con buen éxito cuantas veces se juzgó necesario; un segundo motivo de tolerancia hacia dichos sistemas es que sólo aparecen esporádicamente. Ordinariamente sólo se les tolera domesticados y en servidumbre; es

decir, que el sistema dominante de la segunda especie les ordena acomodar sus enseñanzas, más ó menos estrictamente á las suyas propias. Con frecuencia estos segundos sistemas, no sólo han subyugado á los primeros, sino que se han servido útilmente de ellos como de un esfuerzo; mas esta es una peligrosa habilidad, pues los sistemas de la primera especie suplen la fuerza con la astucia y conservan siempre una especie de perfidia oculta, que, llegada la ocasión, se manifiesta inesperadamente y causa daños difíciles de remediar. Y son tanto más terribles estos sistemas, cuanto que todas las ciencias positivas, sin exceptuar las más inocentes, son sus aliadas secretas contra los sistemas de la segunda especie (las religiones) y sin estar ellas mismas en guerra declarada con éstas, les causan daños harto sensibles. Además, es ya enojoso de por sí para un sistema cuya legitimación primitiva viene de algo exterior á él, querer que se añada á esto un fundamento intrínseco, aprovechando para ello los otros sistemas, pues si fuera susceptible de una legitimación semejante, no necesitaría otra demostración alguna traída de fuera.

¿Qué necesidad tiene, por otra parte, una religión del apoyo de la filosofía? ¿No lo tiene todo: revelación, milagros, profecías, protección de los gobiernos, jerarquía suprema tal como corresponde á la verdad, respeto de todos, millares de templos para enseñarla y practicarla, legiones de sacerdotes juramentados, y lo que vale más que todo esto, el privilegio inapreciable de poder imponer á la más tierna infancia sus doctrinas, que llegan de este modo á arraigar tan profundamente como las ideas innatas? Con tal riqueza de medios, para solicitar encima el asentimiento de los míseros filósofos, necesitaría ser la religión más

avara, ó si se quiere, más recelosa de lo que parece compatible con una conciencia tranquila.

A las diferencias que he indicado entre las dos clases de metafísica hay que añadir la siguiente: Todo sistema de la primera especie, es decir, toda filosofía, tiene la pretensión, y, por tanto, el deber de ser verdadera *sensu stricto et proprio* en cuanto dice, pues se dirige al pensamiento y á la convicción. Por el contrario, una religión destinada á la multitud innumerable de los que, incapaces de examen y de reflexión, no comprenderán jamás, *sensu proprio*, las verdades más profundas y más difíciles de entender, no tiene obligación de ser verdadera más que *sensu allegorico*. La verdad no se le puede presentar desnuda al pueblo. Un signo de esa naturaleza alegórica de las religiones son los misterios que en casi todas ellas encontramos, misterios que son ciertos dogmas que ni siquiera pueden pensarse con claridad y menos podrían ser literalmente verdaderos. Hasta puede afirmarse que algunos contrasentidos bien acentuados y algunos absurdos son ingredientes esenciales de toda religión perfecta, pues este es el sello de su naturaleza alegórica y la única manera adecuada de hacer sentir á los espíritus vulgares y á las inteligencias incultas lo que de otro modo resultaría incomprensible, para ellos á saber, que la religión trata de un orden de cosas muy distinto del del mundo, de un orden de cosas *en sí*, ante el cual se desvanecen las leyes del mundo de los fenómenos, á las que tiene que acomodar aquella su lenguaje, y que, por consiguiente, no sólo los dogmas contrarios al sentido común, sino los inteligibles, no son en realidad más que alegorías ya como-damientos para ponerse al alcance de la comprensión humana. Con este pensamiento defendieron San Agus-